

Un momento para reflexionar

La Eucaristía, Sacramento de vida y salud P. Silvio Marinelli Z.

La cercanía con el magno evento del 48 Congreso Eucarístico Internacional que se celebrará en Guadalajara del 9 al 17 de Octubre próximo, nos ofrece la oportunidad de enfocar según el corte de nuestra Revista el gran misterio de la Eucaristía. Pensamos hacer una cosa grata para los lectores que quieren vivir este evento con la perspectiva de la humanización del mundo de la salud.

Eucaristía y Última Cena

La Última Cena es un “*resumen*” de toda la vida de Jesús. Sus palabras, gestos, milagros, actitudes, sentimientos y pensamientos expresan la intención, siempre lograda, de vivir “una vida para los demás”.

Lo vemos en sus palabras, en particular en las Bienaventuranzas: “Dichosos, ustedes, que son pobres, que lloran, que son limpios de corazón, misericordiosos, que tienen sed de justicia, que trabajan por la causa de la paz”. Jesús está hablando a personas concretas, que han corrido para escucharle; Él ve a esta muchedumbre de personas, con sus defectos y también con su deseo de cambio, de escuchar palabras de aliento. Les da valor, les anima, les muestra interés y cariño. Ante todo, ofrece un mensaje de estima y de dicha.

Los milagros son signos de misericordia y bondad, signos de una renovada dignidad de cada ser humano, signos de la cercanía del Reino, signos de predilección. Milagros que abren a una vida nueva, a nuevos estilos de vida, a un nuevo compromiso. Multiplica los panes para mostrar que el verdadero milagro no es transformar las piedras en panes, sino compartir los panes, que se *multiplican* por el milagro de la solidaridad. Calma la tempestad para mostrarnos que nadie ni nada debe atemorizarnos y darnos miedo, excepto nosotros mismos. Curaciones y exorcismos liberan al hombre de todo tipo de esclavitud, para decirnos que el sufrimiento es una realidad negativa, que debemos luchar contra ello, para dar nuevamente dignidad a todos los seres humanos.

Jesús con sus gestos de acogida hacia los pecadores nos revela que todos somos hijos, no sirvientes o esclavos en relación a Dios. Jesús no juzga, no condena, a todos ofrece su mano, su ayuda, su mirada de bondad, que saca a luz los recursos dormidos, las energías encarceladas, lo bueno que está presente en cada uno.

Eucaristía y Viernes Santo

La Última Cena es también una “*profecía*”. “Éste es mi cuerpo”, dice partiendo y compartiendo el pan. “Ésta es mi sangre”, ofreciendo la copa del vino. Según el lenguaje semita, las palabras “cuerpo” y “sangre” se pueden traducir con “vida”, “persona” o con “Yo”: “Ésta es mi vida”, “Soy yo quien me ofrezco”. Estos gestos anticipan la experiencia del día siguiente, viernes santo. Jesús sabe que la hostilidad está creciendo contra él y sabe que le costará la vida. Consciente de esto, decide - la libertad del amor - de transformar la violencia contra él (el “quitarle la vida”) en una oferta de sí mismo (“nadie me la quita; soy

yo que la dono”). Una vida “partida y compartida”, una sangre “derramada”, una vida “comida y bebida”. Una vida siempre para los demás. Jesús en el Viernes Santo, traduce estas palabras en realidad: el sacrificio de su vida es una ofrenda de amor.

Jesús, en la Última Cena y el Viernes Santo en la cruz, nos explica lo que significa “amar al prójimo”: dar la vida, perdonar a los verdugos, acoger al ladrón arrepentido, pensar en las necesidades de su madre, viuda y sin hijos, cultivar la relación con Dios Padre “en tus manos confío mi espíritu”.

Jesús muere con una conciencia: “todo está cumplido”; sólo tiene treinta años más o menos y, a pesar de esto, todo está cumplido: tiene la conciencia de haber hecho lo que debía hacer, de haber cumplido con su misión: dar su vida para los demás.

“Hagan esto en conmemoración mía”.

Este mandamiento del Señor nos empuja a vivir, gastar nuestra vida como Él. No se trata solamente de repetir un gesto litúrgico, se trata de repetir su vida de entrega, una “vida para los demás”. Es la propuesta eucarística: una vida para los demás.

Nuestra persona debe convertirse en signo de la presencia de Dios – Amor en la historia. Nuestros pensamientos, emociones, deseos y corporeidad, están llamados a ser “sacramento de amor”.

Jesús el Buen Samaritano se convierte en el emblema de todo gesto de amor del hombre. No se trata de un amor platónico o de molde meramente espiritual. El discípulo de Jesús está llamado a amar con todo su ser y su amor, debe tener una respuesta precisa, histórica, práctica. Todo esto exige la capacidad de poner el propio cuerpo y el propio espíritu al servicio del amor evangélico, aún a costa de fatiga y esfuerzos generosos, exige la voluntad de superar la pereza, la inercia, la búsqueda de la propia comodidad, el miedo al riesgo y al fracaso. La persona en su globalidad debe poder convertirse en “sacramento de amor”.

La construcción de un mundo más humano

En la Eucaristía los frutos de la tierra y del trabajo del hombre -el pan y el vino-, son transformados en el cuerpo y sangre del Señor Jesucristo, por el cual el Reino de Dios se ha hecho presente en medio de nosotros.

El Documento *Sollicitudo Rei Socialis* del Papa Juan Pablo II puede afirmar que “aunque imperfecto y provisional, nada de lo que se puede y debe realizar mediante el esfuerzo solidario de todos y la gracia divina, en un momento dado de la historia, para hacer ‘más humana’ la vida de los hombres, se habrá perdido ni habrá sido en vano”.

Podemos resumir lo dicho afirmando que todo lo que se haga en favor de la paz, la justicia, la solidaridad, la liberación, el respeto por la dignidad humana, etc., puede considerarse como la “materia prima” del Reino de Dios, hace posible la victoria de la generosidad sobre el egoísmo y el triunfo de la auténtica solidaridad humana sobre los poderes del pecado y de la muerte. Todos los esfuerzos para devolver la salud, las iniciativas de prevención y fomento de la salud y todos los cuidados para los enfermos crónicos o terminales, son manifestación y prolongación de la “vida donada” del Señor.

El Sacramento de la vida

La eucaristía es el pan de vida. Es alimento para que vivamos, para que tengamos vida y vida en abundancia (Juan 10,10). La Iglesia, continuando la misión de Jesús, está en favor

de la vida humana en todos sus aspectos y manifestaciones. Esto le lleva a preocuparse ante todo de la vida de la gracia en cuanto participación de la vida de Dios, pero no puede desentenderse de la vida humana en cuanto es el derecho fundamental y básico, sin el cual es imposible el respeto a los demás derechos de la persona.

La lucha por el derecho a la vida no significa contentarse con un nivel de subsistencia. Se trata, más bien, de que toda persona pueda vivir una vida con calidad humana y, por consiguiente, pueda tener satisfechas sus necesidades básicas de trabajo, alimentación, vivienda, salud y educación.

Cuando los cristianos comprometidos en la transformación de la realidad social se dedican a trabajar inteligentemente para que sean saciadas todas las hambres del mundo, están en la línea de la Eucaristía como exigencia del seguimiento de Jesús.

El Papa nos recuerda a menudo que vivimos en una “cultura de muerte”, que no respeta la vida. La Eucaristía, pan de vida, presencia de quien es la “vida de los hombres” nos compromete a ser custodios, defensores de la vida.

Eucaristía, fraternidad y salud

Es interesante, en este sentido, reflexionar sobre la historia de los dos discípulos de Emaús. Es una historia que habla de pérdida, de desaliento, de presencia, de fraternidad y de misión. Al final de esta historia, todo ha cambiado: los dos caminantes, que iniciaron su viaje con los rostros abatidos por la tristeza, se miran ahora con ojos llenos de una nueva luz. El extraño, que acabó convirtiéndose en amigo, les ha entregado su espíritu de alegría y amor. Cleofás y su amigo se han transformado en personas nuevas, con una nueva misión y que tienen algo que debe ser proclamado. Los demás necesitan saber qué es lo que les ha ocurrido: que Él está vivo y que lo han reconocido cuando partió el pan y se lo dio. No hay tiempo que perder. E inmediatamente emprenden el camino de vuelta para regresar junto a quienes quizá no sepan todavía esta buena noticia.

Son muchos los seres humanos que caminan por las carreteras de Emaús de este planeta, con los rostros abatidos y que, de una u otra manera, se dicen unos a otros: “Nosotros esperábamos que..., pero hemos perdido la esperanza”.

Éste es el mundo al que somos enviados a vivir eucarísticamente. El misterio del amor de Dios consiste en que nuestros corazones encendidos y nuestros ojos y oídos receptivos sean capaces de descubrir que Aquel con quien nos encontramos en nuestras celebraciones eucarísticas, se nos sigue revelando en los pobres, los enfermos, los hambrientos, los prisioneros, los refugiados... y todas las personas que viven atemorizadas.

La Eucaristía, recibida y compartida es fuente de salud y santidad, de nuevo dinamismo de vida, de esperanza.